

Editorial

VIGILANCIA Y PASO A LA ACCIÓN

EN EL ÚLTIMO AÑO se han dado varios encuentros académicos en los que se ha planteado de alguna u otra manera una posible reforma del Estado. Las inquietudes por los vaivenes de la política tienen hoy más que nunca alcance internacional. La primera de todas quizá sea sobre la democracia. La idea de que el poder debe ser del pueblo y que los gobiernos han de abrirse a la participación, axioma que parece fundamentar la vida democrática, está siendo demasiado fácil de manipular por líderes demagógicos. Si entre los países por desarrollar los demagogos siguen apareciendo constantemente, en los del *primer mundo* la política ya se identifica a menudo con la demagogia profesional. Podemos decir que la carrera política es considerada abiertamente como una profesión más, muy rentable y escasamente honrosa; y lo peor es que algunos de sus personajes más conspicuos se comportan como si quisieran cambiar las reglas en su favor —no en el de la sociedad— de manera ostensible y sin ningún pudor. Hay quien manipula la legalidad de tal forma que, sin dejar de ser demócratas convencidos, promueven el control más descarado de las instituciones y recurren a una militarización de la política que debería ser inadmisibles.

Otro tema formidable en estas inquietudes es el de la corrupción. El crecimiento de las prácticas corruptas, con su expansión por los intersticios de los estados democráticos, ha producido un gran interés por su estudio. El resultado hasta la fecha es una serie de tipologías, cada vez más completa, sobre los casos de corrupción que proliferan por todas partes, y sus diferentes clases. También se nos ha ido dando una panoplia de recetas de ingeniería pública sobre cómo contrarrestar tales prácticas.

En el siglo veintiuno parece poco viable encontrar una alternativa al Estado. La complejidad de la vida, el enmarañamiento de los problemas admi-

nistrativos y el volumen de la gestión de los asuntos públicos empujan en sentido contrario. Constantemente se amplían los encargos del Estado, se amplían las sesiones parlamentarias y el volumen de sus políticas. Hay países, incluso, en donde se añora una mayor implantación de un Estado fuerte y eficaz que sea capaz de garantizar la seguridad ciudadana, el funcionamiento del comercio y la estabilidad financiera.

Si como comenta un experto “la política es el arte (*techne*) del gobierno humano (y) la ciencia política, en su sentido clásico, es el cuerpo de conocimiento que informa este arte”¹, una de las grandes recuperaciones de la ciencia política del siglo veintiuno está siendo al fin reclamar como su objeto científico *el gobierno de la vida de cada individuo*. Un gran tema que hasta ahora le había estado vedado. A pesar de ser una idea implícita en la teoría política europea, y firmemente asentada en algunas corrientes medievales, es sorprendente cómo se ha ido postergando este paso. Hasta ha habido politólogos que han trabajado en sentido contrario, intentando desactivar esa posibilidad. En la sociedad contemporánea de los crecimientos desmedidos, las grandes comunicaciones y la movilidad imparable de la población planetaria, nuestra ciencia sigue dispuesta a estudiar todos los tipos de gobierno que se le ponen por delante, a excepción del gobierno de la vida de cada individuo. De hecho, cuando en la vida diaria se produce un desgobierno en la vida de una persona, se recurre a todo tipo de figuras sociales: el pariente, el eclesiástico, el maestro, el militar, el policía, el psicólogo, el asistente social, el moralista, el psiquiatra o el psicoanalista, pero muy pocas veces alguien se atreve a recuperar una idea que en los maestros medievales aparecía clara.

Por mucho que a alguien le pueda interesar, y con razón, el funcionamiento de la vida de su barrio, de su ciudad o de su país, no creo que le pueda interesar menos el gobierno de su propia vida personal. Pero está tan asumido este despojo de la ciencia política, que muchos politólogos rechazan todavía este planteamiento como psicologista, moralista o como una invasión de la privacidad, sin darse cuenta del deterioro que esto ha traído a la ciencia moderna. Afortunadamente conceptos ya ampliamente utilizados como el de *espacios públicos internos* han dado un vuelco a esta situación. Los jóvenes de hoy cuentan con experiencias propias como son los foros de internet en donde encuentran la plasmación práctica de este concepto. El ciberespacio es un lugar público obviamente, pero es también un ámbito oscuro y vertiginoso en donde cada cual vuelca muchos objetos internos, íntimamente propios.

¹ Menachem LORBERBAUM, “Medieval Jewish Political Thought” en Daniel H. FRANK y Oliver LEAMAN (eds.), *The Cambridge Companion to Medieval Jewish Philosophy*, Cambridge University Press, Cambridge, 2003, p. 176.

Lo cierto es que el Estado moderno es posiblemente la franquicia europea de más éxito. Hoy se halla extendida por todo el planeta y en la mayoría de los casos lo vemos articulado, o quizá sería mejor decir sustentado, por una idea democrática y participativa de la vida. Sin embargo, también es cierto que cada vez aparecen más disfunciones o incluso desviaciones antidemocráticas que suscitan dudas sobre su funcionamiento.

La idea de desguzar el Estado hoy no se contempla. Hasta en los países con gobiernos liberales se hace inevitable que, a pesar de los aires de privatización y de la crítica contra el estatalismo, sigan creciendo los presupuestos, aumentado la gestión pública y agigantándose el funcionariado. Una salida que le queda a la ciencia política menos complaciente es la de inventar entes como la Unión Europea o agencias transnacionales que complementen la actividad estatal.

Hoy por hoy en el panorama científico caben dos maneras de reformar el Estado, la primera consiste en utilizar técnicas de *ingeniería política* que permitan tapar brechas, arreglar desperfectos o solucionar averías de la máquina estatal. En este camino se oye de ampliaciones, reformas legales, nuevos mecanismos de control, cambios de cultura, transformaciones en los mecanismos de representación y alianzas institucionales.

La segunda opción proviene de la *teoría política*. Consiste en rebuscar en el fondo del cajón de las ideas para revisar aquel diseño original del Estado que se produjo en su momento en Europa. Para esta segunda vía es preciso sumergirse en el pasado hasta volver a los años de las ideas fundacionales. Se trata de estudiar aquella época en que, en pleno auge del *modus hodiernus*, se fue configurando esta institución tan valiosa y de tanto éxito mundial como es el estado moderno; de analizar a la luz de nuestra experiencia actual innovaciones como la patria, la soberanía, el liderazgo eficaz, el príncipe astuto y secular, la tiranía del principio de identidad, el arrumbamiento de la democracia retórica, la identificación de saber con poder o la implantación de la dialéctica exigente e intolerante. En este caso se hace imprescindible revisar el surgimiento de la *sociedad vigilante* que da carne y sangre al Estado moderno. Un ámbito en el que se ha pasado de “vigilar y castigar” a *vigilancia y paso a la acción*.

Probablemente en los próximos años se irá haciendo cada vez más patente que el Estado contemporáneo carece de respuestas a las angustias y necesidades de nuestro siglo. Las nuevas amenazas están a punto de exigir ese cambio. Por el momento, lo que nos llega son sólo avisos de los fallos del funcionamiento del estado democrático, pero puede ser que en cualquier momento esas amenazas se concreten en un hecho catastrófico. Entonces la necesidad de cambio político, que siempre existe en cualquier época, puede convertirse de la noche a la mañana

na en emergencia. Una catástrofe nuclear, un episodio ecológico nefasto, una guerra impensada o alteraciones financieras a escala planetaria pueden ser el detonante. Lo que el lenguaje popular llamaría un susto, y los técnicos un accidente, pasaría a ser abruptamente un problema grave. Complicaciones severas de una nueva época que exigirá perentoriamente cambiar nuestro modelo de vida política porque se habrá quedado entonces inservible.

Con el presente número inauguramos una nueva sección, *Serie Dorada*, en donde iremos publicando reseñas extensas de libros importantes del pasado reciente. Obras que, por su fecha de edición, no caben dentro de la sección habitual de *Crítica de libros*, si bien su interés es superlativo. Serán reflexiones críticas sobre trabajos que, a pesar de su extraordinaria valía, no son quizá suficientemente conocidos por el lector de teoría política.

JAVIER ROIZ